Archivo General de La Nación
Volumen CCXCV

El proceso restaurador visto desde Cuba. Su impacto político y en la Guerra de Independencia cubana (1868-1878)

Eliades Acosta Matos

El proceso restaurador visto desde Cuba. Su impacto político y en la Guerra de Independencia cubana (1868-1878)

Archivo General de la Nación
Vol. CCXCV

Eliades Acosta Matos

El proceso restaurador visto desde Cuba. Su impacto político y en la Guerra de Independencia cubana
(1868-1878)

Santo Domingo
2016

Cuidado de la edición, diagramación y diseño de portada:
Harold Frías Maggiolo
Motivo de cubierta: Partida de mambises a caballo.
Fuente foto: Biblioteca Nacional de Cuba

© Eliades Acosta Matos

De esta edición
© Archivo General de la Nación (vol. CCXCV), 2016

ISBN: 978-99-45-58692-30
Impresión: Editora Vimont, S.R.L.

Archivo General de la Nación
Departamento de Investigación y Divulgación
Área de Publicaciones
Calle Modesto Díaz, Núm. 2, Zona Universitaria,
Santo Domingo, República Dominicana
Tel. 809-362-1111, Fax. 809-362-1110
www.agn.gov.do

Impreso en República Dominicana / Printed in Dominican Republic

Índice

El proceso restaurador visto desde Cuba. Su impacto político y en la Guerra de Independencia cubana (1868-1878) 9

El proceso de la Anexión en la geopolítica del Caribe. 12

Las Reservas dominicanas y el futuro de Cuba . . . 17

Santiago de Cuba, la retaguardia española y los ecos de su derrota 25

Los primeros maestros de la guerra redentora en Cuba 31

Anexo 43

El proceso restaurador visto desde Cuba. Su impacto político y en la Guerra de Independencia cubana (1868-1878)

Fue muy visible la participación directa de la Capitanía General de Cuba en los sucesos relacionados con la anexión de Santo Domingo a España, en marzo de 1861 y los hechos relacionados con la Guerra de la Restauración, de 1863 a 1865, pero, lamentablemente, ha sido insuficientemente estudiada por los historiadores de ambas naciones. Toda Cuba, pero muy especialmente La Habana y el Departamento Oriental, con su centro administrativo en la ciudad de Santiago de Cuba, tuvieron relación directa con tan transcendentales eventos que no solo cambiarían el destino de los dominicanos, sino también de los propios cubanos.

Los hechos históricos en un mismo tiempo solo se muestran inconexos si quienes están encargados de examinarlos son incapaces de abrir el diapasón de sus búsquedas y análisis y se dejan arrastrar por una mirada estrecha y parroquial. Las historias de Cuba, Haití, Puerto Rico y República Dominicana, por ejemplo, están tan estrechamente relacionadas entre sí, especialmente en el período colonial, las revoluciones y guerras de independencia, como lo están, por fuerza mayor, con la Metrópoli española, Francia, los Estados Unidos, Venezuela o México. Es bueno recordar que la geopolítica no es un invento de nuestro tiempo.

El 18 de marzo de 1861, mientras en la Plaza de Armas de Santo Domingo el general Pedro Santana leía su alocución de anexión a España, desde los balcones del Palacio de Justicia, Abraham Lincoln llevaba apenas catorce días en la Casa Blanca, instalado como presidente y siete estados, separados de la Unión, entre diciembre de 1860 y febrero de 1861, habían formado los Estados Confederados de América, a los que se unirían cuatro más, entre abril y junio de ese mismo año. Aún la Reina Española no había emitido en Aranjuez su Real Decreto del 19 de mayo, ratificando el acto de la anexión, cuando los cañonazos confederados del 14 de abril contra el Fuerte Sumter, descorrían las cortinas del drama sangriento y decisivo de la Guerra de Secesión.

Un poco más al sur, en México, el presidente Benito Juárez decretaba la suspensión de pagos de la deuda externa, lo que precipitaría, en octubre de 1861, la convocatoria a la Convención de Londres, con la participación de Francia, España y el Reino Unido y el acuerdo de invadir México, abolir la República e instaurar en su lugar un imperio encabezada por Maximiliano de Habsburgo. En 1862 comenzaría la invasión a ese país por fuerzas combinadas de Francia y España, a partir de la toma del puerto de Veracruz.

Sucesos de enorme importancia y consecuencias tuvieron lugar en esta misma zona del Caribe y el norte del territorio continental, en menos de una década, el tiempo que media entre 1861 y 1868, teniendo como protagonistas a casi los mismos personajes, provocando el traslado de armas y tropas en los mismos buques,[1] procurando abas-

[1] Entre los 19 buques de guerra españoles que formaron parte de la expedición inicial de los generales [Joaquín Gutiérrez de] Rubalcava y [Manuel] Gasset, que en enero de 1862 llegó al puerto de Veracruz, en cumplimiento de los acuerdos de la Convención de

tecimientos en los mismos puertos, involucrando a protagonistas que saltan de un escenario a otro con pasmosa facilidad, siendo todos, a la vez, causas y consecuencias, promotores y promovidos en una madeja que, de tan estrecha y obvia, ha permanecido frecuentemente invisible.

En estos pocos años tuvo lugar la anexión de la República Dominicana a España (18 de marzo de 1861), el inicio y fin de la Guerra de Secesión en los Estados Unidos (12 de abril de 1861–9 de abril de 1865), el inicio y fin de la Guerra de la Restauración (16 de agosto de 1863–15 de julio de 1865), el inicio y fin de la invasión francesa a México (1862-1867), la llamada "Revolución Gloriosa" del 17 de septiembre de 1868, que depuso a Isabel Segunda, el estallido independentista en Puerto Rico, conocido como el Grito de Lares (23 de septiembre de 1868) y el Grito de Yara, en Cuba (10 de octubre de 1868), que dio comienzo a la lucha por la independencia, que se extendería, en esta primera etapa, por más de diez largos años.

¿Cómo podrían tales hechos estar desconectados entre sí, ocurriendo en un mismo espacio geopolítico y prácticamente, de forma simultánea?

Londres, 8 tendrían destacada participación, un años después, en el traslado de tropas y pertrechos que llegaron a Santo Domingo para sofocar las rebeliones iniciales de Neyba, Sabaneta, Guayubín, Montecristi y Santiago, en la etapa inicial de la Guerra de la Restauración, procedentes de las Capitanías Generales de Cuba y Puerto Rico. Ellos fueron fragatas de hélice: *Berenguela, Petronila* y *Princesa de Asturias;* vapores de ruedas: *Isabel La Católica* y *Pizarro;* Transportes: *Núm. 3;* buques mercantes fletados por la administración militar: de rueda *Pájaro del Océano,* de hélice *Maisí.*

El proceso de la Anexión en la geopolítica del Caribe

El papel jugado en el proceso de anexión por el capitán general de Cuba, Francisco Serrano y Domínguez fue decisivo. Cercano colaborador del general O'Donnell, quien se desempeñaba como Jefe del Gobierno español, estuvo al frente de la isla entre 1859 y 1862, amasando una inmensa fortuna adquirida por permitir la trata ilegal de esclavos. Con toda confianza, tanto O'Donnell como la reina Isabel II, delegaron en Serrano los detalles de las negociaciones con Santana y sus enviados, la toma de posesión oficial de los territorios anexados, así como las medidas necesarias para el restablecimiento del aparato militar, administrativo y eclesiástico español en la nueva posesión ultramarina. "A V. E. deben en mucha parte los hijos de este país el logro de sus nobles aspiraciones…", le escribe Santana, el 18 de marzo de 1861, en la misma carta donde le participa "…que ya tremola en nuestros muros y fortalezas el gloriosos estandarte de Castilla". [2]

En esa misma misiva, Santana se muestra aún más consciente del decisivo papel jugado por Serrano en el proceso anexionista y de su valer ante los ojos del Jefe de Gobierno y de su Soberana, al comunicarle que

> …mucho sería, Excmo. Señor, nuestro contento, si se dignase V. E. venir en persona a tomar posesión de estos dominios, en nombre de su Majestad.[3]

Según Nicolás Estévanez, un muy bien informado militar español, quien en 1873 llegaría a ser Gobernador Civil de Madrid y Ministro de la Guerra, el papel del ge-

[2] César A. Herrera, *Anexión-Restauración,* t. 2, Santo Domingo, Editora Búho, 2013, p. 694.
[3] Ibídem, p. 695.

neral Serrano en el proceso de anexión le fue recompensado por la Corona con el Ducado de Torres.

Por decisión de la Metrópoli, sobre el erario de Cuba recayó, lo que Roberto Marte ha llamado "… una gran parte del costo financiero de la anexión" afirmando que el presupuesto de la isla, antes de 1861, era de $15 millones de pesos, cantidad que casi se duplicó a partir de esa fecha, provocando la aparición del fenómeno de la deuda pública, antes desconocido en el país, que se inició en 1862 con una emisión de bonos.[4]

La noticia oficial de que se había consumado la anexión llegó a Cuba y Puerto Rico a través de emisarios personales del general Santana. El mismo día en que esta se produce, se anuncian estas misiones en carta de Eugenio Molinero, cónsul español en Santo Domingo, al general Serrano, capitán general de Cuba.

> Dos goletas, ya con bandera española-anuncia-saldrán esta tarde, llevando la una los presentes pliegos que en manos de V. E. pondrá el señor Apolinar de Castro,[5] hijo del último Ministro de Gracia y Justicia. La otra sale para Puerto Rico conduciendo al señor don Manuel del Monte, portador igualmente de pliegos para el Excmo. Señor Capitán General de aquella isla.[6]

[4] Roberto Marte, *Correspondencia consular inglesa sobre la anexión de Santo Domingo a España,* Santo Domingo, Editora Búho, 2012, p. 21.

[5] Apolinar de Castro y Lara (1836–1889) Abogado anexionista y procurador fiscal de San Cristóbal, hijo del destacado jurista Jacinto de Castro, quien fuera fiscal de la Suprema Corte de Justicia y Ministro de Justicia e Instrucción.

[6] C. Herrera, *Anexión…,* t. I, pp. 74-75.

Es curiosa la manera en que Emilio Bacardí Moreau,[7] el destacado historiador de Santiago de Cuba, recoge en sus *Crónicas…*, otra visita, en el mes de julio, del sr De Castro y un acompañante, esta vez a la capital del Departamento Oriental.

> Llegan a esta ciudad en un pailebot, procedentes de Santo Domingo –apuntaba– D. Apolinar Castro y D. Manuel de Jesús Heredia, anunciando que la República de Santo Domingo, por acto espontáneo de su voluntad, se había anexado a la nación española.[8]

No queda claro, tras leer el anterior apunte de Bacardí si la visita de estos anexionistas dominicanos a la capital del Departamento Oriental de Cuba fue cumpliendo indicaciones de Santana o a título personal, pues existía una corriente de viajeros, en ambas direcciones, producto de sucesivas olas migratorias que procedentes de Santo Domingo, se habían asentado en Santiago de Cuba, entre ellas, los Heredia, los Muñóz y los Del Monte.[9]

[7] Emilio Bacardí Moreau (1844–1922) Patriota cubano, historiador, novelista, dramaturgo y divulgador de la cultura nacional. Durante la Guerra de los Diez Años y la iniciada en 1895 fue deportado a presidios de África por su labor conspirativa y ser el agente secreto del general José Maceo en la ciudad de Santiago de Cuba. Primer alcalde de la ciudad tras el fin de la dominación española en la isla. Fundador del museo histórico que hoy lleva su nombre. Como senador, intentó evitar la intervención militar norteamericana de 1906. Entre otras obras, publicó diez tomos de sus imprescindibles *Crónicas de Santiago de Cuba.*

[8] Emilio Bacardí Moreau, *Crónicas de Santiago de Cuba,* t. III, Santiago de Cuba, Imprenta Arroyo y Hermanos, 1925, p. 311.

[9] De acuerdo a la Dra. Olga Portuondo, historiadora de Santiago de Cuba, las principales oleadas migratorias procedentes de Santo Domingo, arribaron al Departamento Oriental en 1605 y 1606, provocadas por las Devastaciones de Osorio; las provocadas por las Devastaciones de García, de 1795 a 1801, seguidas de la cesión a Francia de la parte española de la Isla y a fines del siglo XVIII, debido a la Revolución haitiana y a los 22 años de ocupación del país por sus tropas (1822-1844). Estos inmigrantes dominicanos se asentaron, fundamentalmente, en Santiago de Cuba, Bayamo, Holguín y Puerto Príncipe (Camagüey).

Lo que si revistió carácter oficial y hace pensar, en consecuencia, que la anterior visita también lo ostentó, fue el acuerdo del Ayuntamiento, cumplido un mes después según el cual

> …en nombre de la ciudad, representado por el Ayuntamiento, salen para Santo Domingo el Sr. Marqués de las Delicias de Tempú, D. José Bou y el señor Síndico, con el objeto de saludar e invitar al Capitán General de esta Isla, para que venga a visitar a Santiago: y se le dan las gracias a D. Benito Esténger por facilitar gratuitamente el vapor "Guantánamo" para conducirlos.[10]

La visita del general Serrano a la nueva posesión ultramarina de la Corona española tuvo lugar en los primeros días de agosto de 1861 y se prolongó hasta el 11 del mismo mes, en que partió de regreso a La Habana. Tras una breve visita a Samaná, llegó a Santo Domingo el día 4, ocasión en que juramentó al general Santana y le impuso la Orden de Isabel La Católica, que le había sido conferida desde 1855. También arribó, en la misma fecha, el teniente gobernador de Puerto Rico, el general Carlos de Vargas. La visita de Serrano fue un rotundo fracaso y tanto él como los nuevos súbditos dominicanos se despidieron convencidos de que muy poco unía, en el fondo, a unos y otros, a pesar de la anexión forzosa.[11]

[10] E. Bacardí Moreau, *Crónicas de…*, p. 314.

[11] Ibídem, pp. 101-103. Marte explica en su compilación de documentos consulares ingleses sobre la anexión, que el cónsul Hood era de la opinión de que

> …ningún dominicano ha servido al general Serrano ni le muestra deferencia… Aunque este pudo haber sido engañado con respecto a la popularidad de la anexión, durante su corta permanencia aquí debió quedar completamente convencido de que había un solo sentir entre los dominicanos, que era el descontento.

Serrano siempre fue un decidido defensor de la importancia estratégica que la anexión de República Dominicana a la Corona española revestía, en el complejo entramado de las relaciones geopolíticas que se movían en una zona tan volátil como lo era El Caribe. Desde esa posición, ha de entenderse su nota a Campomanes, Ministro de Estado, con fecha 11 de noviembre de 1860, en la cual comentaba las impresiones de los encuentros sostenidos y de los informes presentados por los enviados de Santana, los brigadieres Rubalcava y Peláez y el ministro de Relaciones Exteriores y Hacienda, don Pedro Ricart y Torres.

"No debe ocultarse al ilustre gobierno de la Reina –expresaba– el peligro que sería para sus dos ricas colonias de Las Antillas que República Dominicana sea ocupada por el enemigo de la raza y del poder del gobierno". "¿Qué ejemplo para Cuba y Puerto Rico, el espectáculo de una nacionalidad negra establecida entre las dos islas y subyugadora de la raza blanca?". En opinión de Serrano, no menos perjudicial sería la ocupación americana, la que calificaba como "competencia peligrosa para nuestra industria y comercio". En conclusión, afirmaba

> …Santo Domingo, yankee o haitiano, es un dilema terrible; cualquiera de sus extremos no puede ser más funesto…La cuestión dominicana es, Excelentísimo señor, la más vital que tiene la España en estas regiones: ante ella, todas las otras desaparecen...[12]

Por el lado dominicano la impresión fue igual de penosa, como informaba el propio Hood. "Parece que ni el general Santana –escribía– ni nadie de su grupo quedó satisfecho con el general Serrano o con su visita. Ellos no ocultan su descontento…".

[12] Citado por C. A. Herrera en *Anexión…*, t. I, pp. 45-47.

Las Reservas dominicanas y el futuro de Cuba

Tras la anexión vendrían los diferentes procesos destinados a abolir las instituciones republicanas y a restablecer el aparato militar, administrativo, judicial y eclesiástico que correspondía a una colonia de ultramar. En ello, una vez más, jugó un papel decisivo el general Serrano y las Capitanías Generales de Cuba y Puerto Rico. Pronto este le hizo saber a Santana que estaba directamente supeditado a su mandato y que las comunicaciones con la Corte y el Gobierno debían recibir su visto bueno y pasar antes por sus manos. Era evidente que Su Majestad y el jefe del gobierno, general O'Donnell, tenían reservas con respecto a su nueva posesión y su nuevo representante en el país.[13]

Uno de los procesos esenciales llevados a cabo por las nuevas autoridades fue la disolución del antiguo ejército dominicano, que tan importante papel jugase secundando a Santana en sus planes de anexión. No es osado afirmar que por la manera en que se llevó a cabo la desmovilización del ejército republicano y la constitución de las Reservas Dominicanas, tras la aplicación de una humillante depuración de sus jefes y oficiales, se sembró la se-

[13] Carta del general Serrano al general Santana, del 24 de mayo de 1861, sobre las medidas a tomar, tras la anexión:

> Procurará V. E. arreglar la administración económica, judicial y administrativa con el mayor orden posible… Siendo conveniente, para el mayor servicio, que V. E. organice una secretaría militar y otra política para el despacho de los respectivos asuntos, entendiéndose por ahora conmigo y dándome cuenta de cuántas medidas adopte, como yo lo haré al gobierno de S. M.

Citada por Luis Álvarez López en "La anexión de Santo Domingo a España: Ocupación militar, reorganización administrativa y transferencia del poder político", en *Eme-Eme, Estudios dominicanos,* No. 32, septiembre-octubre de 1977, Santiago de los Caballeros, R.D.

milla para que estallase la Guerra de la Restauración, dos años después, incluso, para que se nutriesen de oficiales capaces y fogueados en el combate las filas del futuro Ejército Libertador cubano, a partir de octubre de 1868.

El proceso de depuración transcurrió teniendo en cuenta que no se podía disolver completamente al anterior ejército, al que se consideraba, con toda razón "…el único elemento de orden y de conservación en el país". Y mientras se usaban sus servicios iniciales, como garantes de la propia anexión, la recelosa Metrópoli se apresuraba a enviar tropas regulares desde La Habana y San Juan. El 22 de mayo, apenas cuatro días después de que comenzase a ondear en las fortalezas de Santo Domingo "la bandera de Castilla", arribaban las primeras tropas de ocupación. El 5 de abril llegaba un contingente desde La Habana, al mando del entonces comandante de Estado Mayor Ramón Blanco,[14] a bordo del vapor *Blasco de Garay*. El 30 de mayo, también desde Cuba, zarpan tres buques con más de 2 mil soldados y una batería bajo el mando directo de Joaquín Gutiérrez de Rubalcava,[15] comandante

[14] Ramón Blanco y Erenas (1833-1906). Capitán general de Navarra, Cataluña, Filipinas y dos veces de Cuba (1879, 1897). Marqués de Peña Plata. Llega a Cuba, por primera vez en 1858, desde donde parte a Santo Domingo, en 1861. Tras la muerte de Cánovas del Castillo y la llegada al poder de los liberales de Sagasta, sustituye en Cuba al general Valeriano Weyler y Nicolau, marqués de Tenerife, quien también peleó en la Guerra de la Restauración. Por azares del destino, es el último capitán general de España en Cuba, terminando su mandato con la derrota española en la Guerra Hispanocubano-americana, de 1898.

[15] Joaquín Gutiérrez de Rubalcava y Casal, Medina y Varela (1803-1881). Luchó en las guerras de independencia de Chile y Perú, incluso, en la Batalla de Ayacucho. Comandante general del Apostadero de La Habana, dirigió la toma de Veracruz y trasladó las primeras tropas españolas a Santo Domingo. Fue capitán general de Cartagena y Cádiz.

general del Apostadero de La Habana. En breve tiempo, España desembarcó en su nueva posesión más de 4 mil soldados y apostó en sus aguas a varios buques de guerra.

Con respecto al proceso de reorganización militar, el general Serrano junto al general Carlos de Vargas y Cerveto,[16] procedieron a dar los pasos iniciales, a partir de las siguientes premisas:

- Entra en vigor en la isla la legislación militar que se aplicaba en la Península y Ultramar.
- Se crean los cuerpos de la Reserva Dominicana organizadas según la organización de las Milicias Disciplinadas de Puerto Rico.[17]
- Se crea la Junta Clasificadora de los jefes, generales y oficiales del antiguo ejército dominicano, encabezada por el general Pedro Santana y contando como vocales a José María Pérez, Miguel Lavastida, Antonio Abad Alfau y Carlos Varga. Esta Junta examinó, como bien afirma Emilio Rodríguez Demorizi

> …el grado aceptado (de cada jefe, oficial o clase), la calidad de activa o pasiva (en que quedaba cada

[16] Carlos de Vargas y Cerveto (1817-1876), general y mariscal de campo. Con una destacada participación en las Guerras Carlistas, fue asignado a Cuba en 1860, luego nombrado segundo cabo de Puerto Rico, segundo cabo de Santo Domingo, a propuesta del general Serrano, y nombrado por Real Orden del 24 de septiembre de 1863 sustituto del general Felipe Rivero y capitán general, cargo en el que se mantuvo hasta la evacuación española de 1865. Sería luego nombrado capitán general del país Vasco.

[17] Las Milicias Disciplinadas de Puerto Rico fueron un cuerpo militar auxiliar creado en 1765 por el mariscal de campo Alejandro O'Reilly, quien, tras inspeccionar a las tropas españolas, las encontró en estado desastroso. Se trataba de un cuerpo militar de vecinos pagados por el Estado y con reglamento militar. Oficialmente, debía auxiliar al Batallón Fijo (tropas regulares españolas), pero en numerosas ocasiones, como en 1797, fueron decisivas para repeler ataques ingleses.

examinado) y el sueldo correspondiente. Así surgieron las numerosas Hojas de Servicios que se conservan en los archivos de Sevilla y de Segovia. En la *Gaceta de Santo Domingo*, de 1861-1862, hay noticias de la citada Junta Clasificadora y largas listas de militares clasificados.[18]

Desde los primeros días de la anexión y especialmente tras el trabajo clasificatorio y depurador de la Junta creada al efecto, se evidenció que España heredaba con ellas un campo minado, listo para estallar, en cualquier momento.[19] Los oficiales del antiguo ejército dominicano no fueron aceptados con iguales cargos y grados en las Reservas. Ellas mismas no formaban parte del Ejército español, sino que eran un cuerpo auxiliar, como las Milicias Disciplinadas de Puerto Rico, con menos derechos y similares deberes y con la agravante, de que sus oficiales no gozaban de sueldos comparables a sus pares españoles,[20] lo que con razón, consideraban

[18] Emilio Rodríguez Demorizi, *Hojas de servicios del ejército dominicano, 1844-1865,* vol. I, Santo Domingo, Editora del Caribe, 1968, p. 6. Los originales de estos importantes documentos se hallan en el Archivo General Militar de España, en Segovia y en el Archivo General de Indias, en Sevilla, específicamente en el fondo llamado Reservas, 1861-1865, leg. 994-1010 b.

[19] Debe tenerse en cuenta que se trataba de oficiales dominicanos que eran personas notables en toda la geografía nacional, donde desempeñaban, además, otros cargos públicos o tenían importantes haciendas y negocios. En el volumen II del libro de Emilio Rodríguez Demorizi, ya citado, se reproduce un listado de "Generales, Jefes y Oficiales del antiguo ejército dominicano remitido por los Gobernadores de las provincias de Santo Domingo, para su clasificación por la Junta creada al efecto". La lista contiene 1,213 nombres, desde generales a subtenientes. Júzguese la influencia sobre subordinados y el resto de la población de tan numeroso contingente.

[20] En su libro *La Guerra de la Restauración,* Juan Bosch cita al general español José de la Gándara y Navarro, gobernador militar de Santiago de Cuba, en 1862, participante en la Guerra de la Restaura-

un motivo de agravio. A ello se sumaban los problemas raciales[21] que enfrentaban constantemente a militares de tan distintos orígenes y que minaban la cohesión, la disciplina y el mando.

En febrero de 1863 tiene lugar los primeros alzamientos en Guayubín, Sabaneta, Montecristi y Santiago de los Caballeros, preludio del arranque en firme de la Guerra de la Restauración, lo que se produciría a mediados de agosto, apenas unos meses después. No más tener lugar las primeras escaramuzas, el capitán general, Felipe Rivero y Lemoine,[22] quien contaba con escasas fuerzas espa-

---

ción y gobernador militar de Santo Domingo, de marzo de 1864 a julio de 1865, quien testimoniaba las diferencias existentes entre los oficiales españoles y los de las Reservas Dominicanas. Bosch escribía: "En la página 236 de su libro, La Gándara presenta un cuadro según el cual un general de división dominicano recibía un suelo de $60.00 pesos, si figuraba en la lista de los oficiales activos y de $30.00, si estaba en la de los pasivos; un general de brigada recibía $50 o $25; un coronel, $40 o $20, un teniente coronel, $30 o $15; un capitán $20 o $10; un teniente, $15 o $7.50; un subteniente $10 o $5". El propio La Gándara, con toda razón, concluía que "…los militares dominicanos siguieron sintiéndose humillados cuando comparaban su situación con la de los militares españoles".

[21] Sobre esta otra arista del problema, no menos influyente que la anterior, Bosch cita de nuevo a La Gándara, quien escribió en las páginas 36-39 de su libro, *La Guerra…*: "Los oficiales y soldados del Ejército peninsular, así como los empleados que España mandó a su nueva Antilla, acostumbrados a considerar la raza negra y los mestizos como una especie de gente inferior, no se recataron de manifestarlo,… desdeñaban su trato o repugnaban su compañía. En ocasiones hubo blancos que dijeron a negros que si estuvieran en Cuba o Puerto Rico, serían esclavos y podrían venderlos…".

[22] El teniente general Felipe Rivero y Lemoine (1797-1873) había peleado en la célebre Batalla de Ayacucho y había sido capitán general de Zaragoza, Castilla La Vieja y Andalucía. Fue senador y gobernador de Santo Domingo anexado a España, entre 1862 y 1863. Estaba al mando al producirse el estallido de la Guerra de la Restauración. Fue relevado del mando, pero no por ello descendió en el escalafón militar, pues después de ello fue nombrado presidente del Tribunal Supremo de Guerra y Marina y del Consejo Superior de Guerra.

ñolas y desconfiaba, no sin razón, de los jefes y oficiales de las Reservas Dominicanas, solicitó el inmediato auxilio de los Capitanes Generales de Cuba y Puerto Rico.

Para dirigir las fuerzas del país, aún leales a España, Rivero se apresuró a llamar a la capital al general Santana, quien se encontraba en El Seybo. Así lo deja narrado el propio Santana en oficio a Rivero, del 6 de abril de 1863. En el mismo se puede conocer que se enteró de los sucesos mediante oficio de Rivero del 26 de febrero, donde se le llamaba al servicio, llegando a Santo Domingo el 1 de marzo.

> Mi deber –afirmaba en dicha comunicación– es hallarme pronto en el teatro de los acontecimientos y reprimir con mi espada los atentados que se acababan de perpetrar.[23]

El 2 de marzo, el general Santana recibió un nuevo oficio de Rivero, mediante el cual era nombrado Comandante General en Jefe de las operaciones en El Cibao; el general Carlos de Varga asumía el mando del Ejército peninsular y el propio Santana, a pedido de Rivero, nombraba Jefe de las Reservas Provinciales al general José María Pérez Contreras.

Un destacado papel en la represión de estos primeros alzamientos patrióticos, comandados por jefes y oficiales de las Reservas Dominicanas y funcionarios de los Ayuntamientos, correspondió a aquellos hombres de Santana que se mantuvieron junto a España, como es el caso, además de los mencionados, de los generales José Antonio Hungría, Juan Suero, Aquiles Michel, Eusebio Puello

[23] José Abreu Cardet, y Elia Síntes, *Los alzamientos de Guayubín, Sabaneta y Montecristi: Documentos,* Santo Domingo, Editorial Búho, 2014, pp. 372-376.

Castro y el coronel José María Checo. Algunos de ellos continuarían prestando servicio a la Monarquía durante la Guerra de los Diez Años, en Cuba.[24]

Los refuerzos solicitados a Cuba y Puerto Rico no tardaron en llegar. Su magnitud e importancia dan una idea de que ambas islas vecinas constituían una especie de retaguardia segura para el colonialismo español en Santo Domingo, como corroborarían los hechos posteriores a agosto de 1863. En un informe rendido por el capitán general Rivero al Ministro de la Guerra, fechado el 22 de marzo, se daba cuenta de que, procedente de La Habana había arribado a Puerto Plata el vapor *San Francisco de Borja* conduciendo al Batallón de Cazadores de San Quintín.[25] Doce días antes, había partido de La Habana el Batallón de Cazadores de la Unión, a bordo del vapor *Isabel,* La *Católica,* el que tras llegar a Montecristi se le dirigió a Santo Domingo. Conducía 200 mil pesos fuertes y medio millón de cápsulas. Fondeó el 20 de marzo en la capital y regresó a Cuba al siguiente día.[26] Por su parte,

[24] En los momentos iniciales de la insurrección de 1863, la desconfianza hacia los dominicanos era tal, que no escapaban de expresarla ni los jefes de las Reservas al servicio de España, como hizo el propio general Hungría en informe a Rivero del 24 de febrero de 1863. "Con la gente del país no puede contarse –afirmaba– pues la que no nos es completamente hostil, se mantiene quieta, sin acudir".

[25] Unidad formada en Cuba en 1862 y que pasó a Santo Domingo, al año siguiente, participando en la Guerra de Restauración, hasta que se produce la evacuación de 1865. Fue traslado a Cuba, donde tuvo destacada participación en la Guerra de los Diez Años, a partir de 1869, bajo el mando del entonces teniente coronel Arsenio Martínez Campos. Como tropa élite, fue enviada a la Sierra Maestra, en febrero de 1874, logrando perseguir en San Lorenzo a Carlos Manuel de Céspedes, depuesto presidente cubano de la República en Armas, quien rodeado, se suicidó antes que entregarse al enemigo.

[26] Condujo a Cuba al comandante de Estado Mayor Fructuoso de Miguel, para informar personalmente al general Serrano sobre los acontecimientos. Antes el buque pasó por Haití para hacer osten-

desde el puerto de Nuevitas, al norte de Cuba, partió el Batallón de Cazadores de África, con destino a Puerto Plata.

El Comandante del Apostadero de La Habana envió a aguas dominicanas la fragata *Petronila,* destinada a la vigilancia de las costas y a hacer ostentación de fuerza ante el gobierno haitiano. Dispuso también de los buques *Blasco de Garay, Pizarro y Hernán Cortes,* los que sirvieron de transporte de tropas, incluso desde Puerto Rico, desde donde este último condujo al Batallón de Cádiz. La corbeta *Mazarredo,* también procedente de La Habana, fue dejada en estación.

Con relativa facilidad, las medidas tomadas por el teniente general Rivero pronto dieron sus frutos, sofocándose los principales focos rebeldes. Retomado el control del país, el colonialismo español se decidió a escarmentar a los enemigos de la anexión, especialmente a los jefes del intento, juzgando, fusilando y condenando a prisión o destierro a los que habían caído en sus manos. La amnistía de la Reina, más por cálculo político que por la propia naturaleza de la Monarquía, llegó tarde y no fue tomada en serio por ninguno de los actores del drama nacional. El 16 de agosto de 1863, en Capotillo, tremoló de nuevo la bandera dominicana y se reanudó la lucha, esta vez de manera decisiva.

---

tación de fuerza y disuadir al gobierno de ese país de que no debía apoyar la insurrección en Santo Domingo.

Santiago de Cuba, la retaguardia española y los ecos de su derrota

Emilio Bacardí Moreau, en sus *Crónicas de Santiago de Cuba,* recoge la forma en que llegaban a esta ciudad las noticias sobre la marcha de la Guerra de la Restauración. La población del Distrito Oriental, especialmente la de su cabecera, estaba relacionada por estrechos vínculos familiares y afectivos con los dominicanos y españoles que se enfrentaban, a escasa distancia de sus costas. Es de suponer que esta fue una contienda especialmente seguida a través de las noticias de la prensa, pero más que ello, por las movilizaciones militares, la llegada de heridos y enfermos y la entrada y salida de buques relacionados con las operaciones militares en marcha.

En estas circunstancias, es comprensible que las principales autoridades civiles y militares del territorio, los comerciantes y el clero, peninsular o criollo, fuesen rabiosamente integristas, mientras que el pueblo llano, en su inmensa mayoría, apoyase la causa de la independencia dominicana y se regocijase con las derrotas que experimentaban las fuerzas colonialistas. En esa contienda, sin lugar a dudas, quienes soñaban con la independencia de Cuba, veían el destino de la isla: de triunfar los enemigos de la anexión, se acercaría el momento de seguir su ejemplo, pues se haría evidente que España podía ser vencida; de ser derrotados, se alejaba la posibilidad de que en un futuro, no lejano, Cuba pudiese ser libre e independiente.

La retaguardia inmediata de las tropas españolas que, de toda Cuba, se enviaban al escenario de la guerra fue la ciudad de Santiago de Cuba, capital del Departamento Oriental. También por su puerto llegaban los convoyes de

militares heridos y enfermos, en dolorosa procesión, cuya vista animaba a quienes se preparaban para repetir esas acciones libertarias en suelo cubano. Tales visiones trágicas desmentían la imagen de invencibilidad y grandeza que la Monarquía española y sus voceros, se encargaban de difundir en sus colonias de ultramar, para impedir la repetición de lo alzamientos independentistas de la parte continental de América. Una cosa era el discurso; otras, muy distinta, la cruda realidad.

Al producirse la toma de Puerto Plata por las tropas restauradoras, el 27 de agosto de 1863, la reconquista de la plaza fue confiada a una expedición salida de Santiago de Cuba, al mando del coronel de ingenieros Salvador Arizó y Castro. Emilo Bacardí así lo consigna:

> La expedición militar se componía de dos batallones de la Corona y de Cuba y cuatro piezas de artillería al mando del coronel Arizó. Hecho el desembarco junto a Puerto Plata, al atacar dicha plaza, murió el coronel Arizó.[27]

En enero de 1864, en oficio del general Carlos de Vargas al Ministro de la Guerra, se informaba que de los 22,558 hombres que formaban el Ejército español en Santo Domingo, "… se han remitido a Cuba y Puerto Rico, 7,005 hombres heridos o enfermos y en este mes, otros 2011…".[28] Se considera que,

[27] E. Bacardí Moreau, *Crónicas de…,* p. 346.

[28] Manuel Moreno Fraginals, "Ejército y política demográfica" (texto inédito) citado por Maritza Pérez Dionisio en su artículo "Santiago de Cuba y la Guerra de la Restauración de Santo Domingo", inicialmente publicado en la revista *Santiago,* No. 80, Santiago de Cuba, enero-junio de 1996 y también en la revista *Clío,* No. 179, órgano de la Academia Dominicana de la Historia.

> …al comenzar el año 1864, el Ejército de Cuba aportó 14,000 hombres del total de las fuerzas destinadas a las operaciones en Santo Domingo, lo que representó el 62% de las tropas que se concentraban allí...[29]

Desde fines de enero de 1864, en Santiago de Cuba, comienzan a concentrarse tropas y pertrechos militares destinados a respaldar la expedición contra Montecristi, en poder de los restauradores desde el 20 de agosto de 1863. Emilio Bacardí vuelve a recoger en sus *Crónicas* el ambiente que reinaba en la ciudad:

> Se reúnen tropas para una expedición contra Montecristi –escribía– quedando formada como sigue: Jefe: general Primo de Rivera,[30] Fuerzas: 2 batallones de Infantería de Marina, 5 batallones de Infantería, 2 compañías de Artillería con 9 cañones de montaña, 2 compañías de Ingenieros y 1 escuadrón de Lanceros. Se constituyen comisiones de barrios para alojamiento de las tropas que van llegando a esta ciudad...[31]

Tras una parada militar por las principales calles de Santiago de Cuba, oportuna ostentación de fuerzas para apaciguar cualquier ánimo levantisco, las tropas españolas embarcan y zarpan hacia Montecristi. Al ser tomada la ciudad, no sin grandes pérdidas, se convoca una sesión extraordinaria del Ayuntamiento de Santiago de Cuba, bajo la presidencia del gobernador interino, Casimiro de

[29] M. Pérez Dionisio, "Santiago de…", en *Clío,* No. 179, p.113.

[30] Se trataba del general Rafael Primo de Rivera y Sobremonte. Fue comandante militar de Huelva, de Trinidad, de la fortaleza de La Cabaña, en Cuba y de Puerto Rico. Fue también capitán general de Andalucía y Valencia. Tío del futuro dictador de España, Miguel Primo de Rivera y Orbaneja.

[31] E. Bacardí Moreau, *Crónicas de…*, p. 355.

la Muela, para recibir un cañón tomado por las tropas expedicionarias y regalado a la ciudad, en reconocimiento a su apoyo a la causa del integrismo. Bacardí cita íntegramente el texto del documento.[32]

El 6 de junio de 1864 tiene lugar en Santiago de Cuba un importante acontecimiento: la recepción triunfal del que desde entonces sería llamado "El cañón de Montecristi". El evento, diseñado para presentar una imagen triunfal de una guerra que se perdía, a ojos vistas, también pretendía mostrar ante los cubanos una imagen del poderío victorioso español. Bacardí describe aquella ceremonia, ampulosa y un tanto sobreactuada, de la siguiente manera:

[32] Ibídem, p. 357, "Comandancia General del Departamento Oriental de la Isla de Cuba-Estado Mayor, Sección Primera.– Por la fragata de S.M. *Lealtad*, que acaba de fondear, he recibido la siguiente comunicación de Excmo. Sr. Capitán General de esta Isla, transcribiéndome el telegrama siguiente:

> – Excmo. Señor–. Monte-Cristi está en nuestro poder desde la una de la tarde de ayer. Hemos tomado al enemigo el pueblo, los fuertes y sus trincheras defendidas por una fuerza mayor de tres mil hombres, con tres piezas de artillería. Los honores de esta jornada pertenecen al general Primo de Rivera, brigadier Izquierdo y a los bizarros batallones de la "Habana" y "Unión", al general Hungría y algunas fuerzas de las reservas del país. Hemos tenido una pérdida de cien hombres entre muertos, heridos y contusos. El general Primo de Rivera está herido. El día fue rudo de fatiga y de calor. El comportamiento de la Marina ha sido digno de todos mis elogios; nos ha prestado en todas las operaciones su eficaz ayuda y valiente y fraternal cooperación. Todas las tropas de esa división han llenado su deber a mi entera satisfacción. Ruego a V.S. que se sirva hacer pública esta noticia en esa noble ciudad que ha sabido llenar de agradecimiento el corazón de todos los individuos que forman esta división, por su generosa y delicada hospitalidad, quienes con la rudeza de los leales sentimientos del soldado, quieren dar una prueba de su reconocimiento, ofreciendo a su Corporación Municipal, en representación del pueblo, el mejor cañón tomado a los enemigos en el día de ayer. Su conquista costó sangre preciosa: que la acepte Cuba en lo que ella vale".

> A la llegada del vapor de guerra *Blanco de Garay* trayendo a bordo el cañón de Montecristi (fue) llevado en procesión por la calle de La Marina, engalanada de banderas, ramos y cintas y arcos de triunfo, rompiendo la marcha soldados heridos e inutilizados de la campaña de Santo Domingo, y acompañado por el Ayuntamiento, "de este leal y noble vecindario en forma de ciudad;
>
> (acompañado) de todas las corporaciones, empleados, oficiales de la Armada, de los cuerpos de la guarnición y voluntarios que no tenían lugar en las filas, a los gritos de ¡Viva la Reina!".[33]

Por acuerdo del Ayuntamiento y con la anuencia del Arzobispo, el trofeo es emplazado en el atrio elevado de la Catedral, de frente a la Casa de Gobierno. La solemnidad del intento y el temor que se esperaba infundiese en los cubanos su contemplación, quedaban burlados por una décima anónima con la que el pueblo expresaba su desdén por España y su apoyo a la causa dominicana:

> A Cuba ha llegado un Santo
> que le llaman San Cañón,
> y ha bajado el Ayuntamiento
> a subirlo en procesión.
> ¡Arriba La Muela, manganzón!
> ¡Amarillo! ¡Suénalo pintón![34]

La burla, como demuestra la historia, es otra arma efectiva en manos de los pueblos cuando se rebelan contra sus opresores.

A pesar de los arcos triunfales y la algarabía integrista para recibir al "Cañón de Montecristi", las tristes caravanas de heridos y enfermos, procedentes también de la

[33] Ibíd., p. 361.
[34] Ibíd.

ciudad recuperada, seguían llegando a Santiago de Cuba, como muestra la siguiente nota publicada en el periódico *El Redactor*, del 6 de junio de 1864:

> En el mes de agosto fueron transportados en el vapor *San Quintín*, procedentes de Montecristi, 250 individuos de tropa y en el vapor *Cataluña*, 488, entre enfermos y heridos en combate.[35]

Según este mismo periódico, la cifra de oficiales y soldados españoles acantonados durante 1864 en Santiago de Cuba y enviado a Santo Domingo, se elevó a 9,660, mientras que los heridos y enfermos recibidos y alojados en el Hospital Militar ascendieron a 2,440.[36]

Es de imaginar, con qué júbilo se recibió en Santiago de Cuba, en el Departamento Oriental y en el resto de la isla, al menos, entre el pueblo, la noticia de que el 3 de marzo de 1865 la Reina Isabel II había firmado el decreto mediante el cual se anulaba la anexión de Santo Domingo a la Corona y disponía el regreso de las tropas que se evacuaban, incluyendo a los jefes y oficiales de las Reservas Dominicanas que continuaron fieles a España.

El retorno de aquellos soldados heridos, hambrientos, enfermos y derrotados constituyó un poderoso aliento para los cubanos, que desde mucho antes conspiraban. Viendo los restos del naufragio colonialista, comprendieron, mejor que nunca, que el régimen que los oprimía no era invencible y que si los dominicanos habían logrado ponerlo de rodillas, ellos también podrían hacerlo.

Y por si fuera poco, entre los evacuados a Cuba se hallaban 39 jefes y oficiales de las Reservas Dominicanas, muchos de los cuales, cansados de humillaciones y abusos de los que se suponían eran sus compañeros de

[35] M. Pérez Dionisio, "Santiago de...", en *Clío* No. 179, p. 116.
[36] Ibídem.

armas, y por cuya causa habían derramado su sangre y arriesgado sus vidas, no tardarían en confraternizar con el pueblo cubano e inevitablemente, con los conspiradores independentistas.

Esta vez no hubo arcos de triunfos, ni banderas. La suerte de Cuba quedaba sellada en el suelo de la isla hermana. El colonialismo español, sin saberlo, portaba en sus entrañas el germen que lo destruiría en Cuba.

Los primeros maestros de la guerra redentora en Cuba

La humillación española en Santo Domingo y la desconfianza e ingratitud con que trató a los jefes y oficiales de las Reservas dominicanas que se mantuvieron a su lado, hasta el final, y que se evacuaron hacia Cuba con sus familiares, fueron de amplio conocimiento entre los habitantes del Departamento Oriental, los que formaban el más decidido contingente de conspiradores y laborantes independentistas en la isla. Lejos de rechazar a estos últimos, los rodearon de solidaridad y los distinguieron con su apoyo,[37] a sabiendas de que, entre ellos, al estallar la guerra inevitable, podrían tener los cubanos sus primeros maestros en el arte militar.

[37] Benigno Souza, *Máximo Gómez, el Generalísimo,* La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1986, pp. 30-31. Souza, un destacado historiador cubano, señala en su libro que "… las instrucciones dadas por las autoridades españolas sobre estos refugiados (estipulaban) que no les era permitido residir en Cuba, sino con raras excepciones, y ninguna, si se trataba de hombres de color. Debías escoger su residencia entre Canarias, Baleares, África o Filipinas. La irritación de los dominicanos fue la consecuencia de tan injustas medidas, amén del aflictivo desamparo de éstos. La sociedad cubana de Santiago, piadosa, hizo varias suscripciones apara aliviar sus miserias".

El propio general La Gándara, consciente de que la derrota en Santo Domingo precipitaría otros desafíos al dominio colonial en Cuba y Puerto Rico, lo dejó expresamente consignado en su libro *Anexión y guerra de Santo Domingo*:

> Si no de la anexión, de la actual revolución (en Santo Domingo) saldrán peligros para Cuba y Puerto Rico: el ejemplo ha sido funesto y los elementos hostiles a España, que allí existen, sabrán explotarlo en su provecho, así como la triste verdad demostrada en esta guerra de los grandes obstáculos que para los ejércitos europeos (implica la guerra en el trópico).[38]

Preocupado por la posible evacuación hacia Cuba de jefes y oficiales dominicanos, muchos de ellos negros y mulatos, y el mal ejemplo que podrían constituir, en una colonia donde la economía se asentaba en la mano de obra esclava, La Gandará explicaba al jefe militar español de Baní, cuál era la política que se adoptaría con los mismos.

> El mayor número pertenece a la raza de color –señalaba– Los hombres de este país nacidos en la libertad, acostumbrados al goce de todos los derechos políticos y civiles y disfrutando de las ventajas de todas las categorías sociales, llevarán sus hábitos y su altiva condición a unas posiciones donde existe la esclavitud, sirviendo en ellas de pernicioso ejemplo para los esclavos y libertos de su propia raza.[39]

Ante este peligro latente, el último Capitán General español en la rebelde provincia de Santo Domingo, era explícito.

[38] B. Souza, *Máximo…*, p. 30.
[39] Archivo Nacional de Cuba, Asuntos Políticos, caja 227, No. 8.

> No debe haber distinción de clases ni de razas para apreciar los merecimientos de cada uno y concederles la protección de que se hayan hecho acreedores, pero no puede admitírseles indistintamente la elección del país de su futura residencia al abandonar Santo Domingo. A la isla de Cuba, por ejemplo, no podrán ir los hombres de color y aún con los blancos[40] habrá necesidad de ser circunspectos en la designación de aquellas personas que se permita fijar allí la residencia.[41]

El propio La Gándara, lúcido analista de las consecuencias de la derrota española en la Guerra de la Restauración, alertaba sobre este tipo de guerra de guerrilla en los trópicos. Era lógico: el mismo escenario geográfico y demás condiciones semejantes también estaban dadas en las otras Antillas.

> La guerra que aquí se hace y que es necesario hacer –escribía– está fuera de todas las reglas conocidas: el enemigo que encuentra facilidades en todos los que son obstáculos para nosotros, las explota con la habilidad y acierto que dan el instinto y una experiencia de 18 años de guerra contra Haití… El dominicano es individualmente buen hombre de guerra; valiente y sobrio, endurecido y acostumbrado a la fatiga, no teme a los peligros y casi no tiene necesidades… Las batidas y derrotas que han sufrido no han producido (en sus filas) desmoralización

[40] Según José Antonio Guerra en su ensayo "Héroes y parentelas: los dominicanos en la Guerra de Cuba" en *Boletín del Archivo General de la Nación*, vol. XXXVI, No. 131, Santo Domingo, AGN, p. 589,

> … la mayoría de la oficialidad dominicana era de raza blanca, de origen isleño (canario), de oficio labrador y provenía de poblados donde predominaba la estirpe canaria: Baní, Yaguate y San Carlos de Tenerife (extramuros de Santo Domingo).

[41] Archivo Nacional de Cuba, Asuntos Políticos, caja 227, No. 6.

> ni abatimiento… Prácticos para andar en sus impenetrables bosques y ágiles y sagaces, como los indios, son incansables para la guerra de pequeñas partidas, con que hostilizan sin cesar las marchas de las columnas y convoyes… Ven a diez pasos de distancia desfilar una columna, que ni sospecha su existencia y el imprudente soldado español rezagado que se separa veinte pasos de la última fuerza reunida, es víctima segura de su machete.[42]

De un total de 103 jefes, oficiales y clases de las Reservas Dominicanas evacuados junto a las tropas españolas, tras la derrota y cuyos nombres y destinos figuran en la relación oficial del Ministerio de la Guerra español,[43] en cumplimiento de lo estipulado en la Real Orden del 15 de abril de 1865, se consignan 39 evacuados hacia Cuba, los que representaban el 37,8% del total, solo superados por los 48 evacuados a Puerto Rico. Evidentemente, por una u otra razón, las autoridades militares españolas desoyeron los consejos del general La Gándara y todo parece indicar que, al final, fueron más los evacuados que los que figuran en el listado oficial. Si bien es cierto que a pocos se les permitió asentarse en La Habana o Santiago de Cuba y que, una vez en la isla, se les trató de convencer para dirigirse a otros destinos lejos del Caribe, un grupo importante de ellos se asentó en el Departamento Oriental, futuro epicentro de la rebelión independentista que estallaría apenas tres años después.

[42] La Gándara citado por Juan Bosch, *La Guerra…*, p. 154.

[43] Ministerio de la Guerra: Relación nominal de los generales, jefes, oficiales e individuos de tropa procedentes de las Reservas de Santo Domingo, que con motivo del abandono de esta isla y con arreglo a las bases prefijadas en la Real orden del 15 de abril de 1865, han optado por seguir sirviendo bajo nuestra bandera, con expresión de los puntos donde residen. En Emilio Rodríguez Demorizi, *Hojas de servicios…*, vol. 2, pp. 96-104.

De los dominicanos autorizados a fijar su residencia en Cuba, 3 ostentaban el grado de Mariscal de Campo,[44] 7 de Coroneles, 5 de Tenientes Coroneles, 3 de Comandantes,[45] 12 de Capitanes, 4 de Subtenientes, 3 de Sargentos y 2 de Cabos. Por zonas de residencia, 14 se establecieron en Manzanillo y 12 en Santiago de Cuba.

Es significativo destacar que de los 26 asentados en el Departamento Oriental, 14 se unieron al Ejército Libertador cubano,[46] tras el 10 de octubre de 1868, fecha en que se inicia la Guerra de los Diez Años. También vale destacar que otros se mantuvieron fieles a España, poniendo sus dotes militares y experiencias al servicio de la lucha contra los mambises. Entre estos últimos se destacaron el Mariscal de Campo Eusebio Puello Castro, fallecido en La Habana el 15 de diciembre de 1871, el coronel José Vicente Valera y Álvarez,[47] el coronel y luego general Francisco Javier Heredia Solá[48] y el coronel Juan

[44] Modesto Díaz y Álvarez, asentado en Manzanillo, Juan Chery y Victoria, al que se autorizó a asentarse en Santiago de Cuba, pero que fue dado de baja por permanecer en Santo Domingo y Román Franco Bidó, destinado también a Santiago, pero que falleció el 6 de agosto de 1865.

[45] Entre ellos Máximo Gómez Báez, quien llegaría a generalísimo del Ejército Libertador.

[46] Estos fueron Modesto Díaz Álvarez, José Ignacio Díaz Álvarez, Luis Marcano Álvarez, Félix Marcano Álvarez, Francisco Marcano Álvarez, Francisco Javier Heredia Solá, Manuel Javier Abreu Romero, Carlos de Soto Araújo, Juan Gómez Báez, Rufino Martínez, Máximo Gómez Báez, Santiago Pérez Tejeda, Toribio Yépez Mendoza y Manuel María Frómeta Arias.

[47] Alcanzaría el grado de teniente general en el Ejército español.

[48] Jefe superior de Máximo Gómez en San José de Ocoa, donde fungió como gobernador, primo segundo del eximio poeta cubano-dominicano José María Heredia. Alzado en armas con los cubanos, recibió el grado de general de brigada, conferido por el presidente Carlos Manuel de Céspedes. Traicionó la causa cubana y regresó al Ejército español con el grado de coronel y luego ascendido a general de brigada, convirtiéndose en tenaz perseguidor

Nepomuceno Ravelo Reyes, quien fuese jefe de las Contraguerrillas de Oriente, al servicio del Ejército español.

Con su habitual irreverencia, los cubanos se vengaron con burlas de los represores dominicanos al servicio de España. Blanco predilecto de las mismas lo fue el mariscal Puello, quien se destacó en la persecución de las tropas al mando de los hermanos Maceo y de Máximo Gómez. Un autor anónimo del pueblo, puso a circular por Santiago de Cuba estas décimas, al conocerse la noticia de que había sido nombrado gobernador de una zona de guerra:

Albricias, nuevo Pelayo
Español carabalí,
Cuando te vayas de aquí,
ojalé te parta un rayo.
No te sienta bien el sayo,
de Gobernador, compadre
y cuádrate o no te cuadre
al terminar esta plaza
vete a gobernar la casa
de la puta de tu madre.[49]

Las razones por las que altos jefes y oficiales de las Reservas Dominicanas se incorporaron masivamente a la conspiración de los cubanos y luego de haber estallado la guerra, al naciente Ejército Libertador, figurando como maestros del arte militar en las condiciones de guerra irregular, común para ambos países, son disímiles. Por lo general, habían

de su compatriota Modesto Díaz. Murió en Manzanillo, el 25 de julio de 1844.

[49] M. Pérez Dionisio, "Santiago de...", en *Clío* No. 179, p. 120, citando a Manuel Moreno Fraginals en su texto *La Guerra de la Restauración*, 1987.

servido a España de buena fe y con lealtad, arriesgando sus vidas en una contienda que era, por muchas razones, ajena al sentir de la mayoría de su pueblo. En sus Hojas de Servicios se aprecian méritos en combate, felicitaciones por el valor y pericia demostrados, condecoraciones y toda suerte de reconocimientos y ascensos.

Las razones de semejante cambio de orientación podrían resumirse en la conjunción de los siguientes factores:

- No pocos de los oficiales de las Reservas Dominicanas pelearon del lado español sin convicción, impulsados por lealtades personales o como reacción ante desmanes cometidos por las tropas restauradoras.[50]
- Desconfianza, malos tratos, humillaciones, promesas incumplidas y ofensas recibidas de sus camaradas de armas y del mando español, especialmente, en lo tocante al tema racial.
- Las perspectivas de que no se les permitiría prolongar sus estancias en Cuba, Puerto Rico o en la Metrópoli y que en cualquier momento podían ser reubicados en destinos lejanos e inhóspitos, o dados de baja por la más simple falta.
- La discriminación de que eran objeto como oficiales de segunda, por lo general y salvo contadas excepciones,

[50] Al producirse la toma de Baní por tropas restauradoras al mando del general Pedro Florentino, este ordenó cometer crímenes injustificables contra la población, bajo los efectos de la bebida, entre ellos el incendio del pueblo y el fusilamiento de 31 notables. Gómez, junto a varios soldados y vecinos ataca a las tropas de Florentino, para evitar que su madre y hermanas resulten sacrificadas. "Este episodio salvaje y sangriento –afirma B. Souza, en su obra *Máximo…*, p. 29–, fijó la suerte futura de Baní y sus hijos. Valera, Heredia, Marcano, Tejada y Gómez, junto a otros banilejos ilustres, siguieron las banderas de España".

impedidos de formar parte del cuerpo de oficiales del Ejército español y con sueldos muy inferiores a los que le correspondían a peninsulares de igual rango.[51]

– La nula perspectiva de ascensos, movilidad social u otros reconocimientos, al quedar en condición virtualmente de retiro y sin mando.
– La chocante realidad de la esclavitud, con toda su secuela de humillaciones, desprecio, crueldades y abusos, la que no habían conocido en su propia tierra, donde eran hombres libres.[52]
– Las relaciones familiares y de parentesco entre ellos, lo que los hacía devotos a las lealtades personales, más allá de los nexos políticos o la subordinación a las jerarquías militares.
– Las relaciones con los cubanos conspiradores, laborantes y desafectos,[53] que eran especialmente activos

[51] Es paradigmática la causa que motivó, ya en Cuba, que Máximo Gómez pidiera su licenciamiento absoluto, cancelando el único nexo que aún lo unía a España. Comisionado por sus compañeros, se presentó ante el general Juan José Villar y Flores, gobernador político y comandante general de Santiago de Cuba por una protesta publicada en un periódico local, la que había suscrito. El general Villar, como era habitual en él, se hallaba en estado de embriaguez (había recibido en Santiago de Cuba, el mote de *La Chupadera*) y procedió a ofender al altivo comandante, quien allí mismo solicitó su baja del cuerpo. Villar moriría en esa ciudad el 30 de enero de 1867.

[52] Máximo Gómez fue, quizás, el más típico ejemplo de radicalización y paso al bando independentista cubano, a partir de la contemplación de los horrores de la esclavitud. Así lo dictó a Fermín Valdés Domínguez, el 15 de agosto de 1896 en el campamento cubano de Minas de Camasán, según recoge B. Souza en su obra *Máximo Gómez*…, p. 31: "Muy pronto me sentí yo unido al ser que más sufría en Cuba y sobre el que pesaba tan gran desgracia: el negro esclavo… Por mis relaciones con cubanos entré en la conspiración, pero yo fui a la guerra… a pelear por la libertad del negro".

[53] Gómez reconoció haber entrado en la conspiración, residiendo en la pequeña localidad de El Dátil, cerca de Bayamo, a través de sus relaciones con el cubano José Vázquez, quien lo integra al grupo

en aquellas zonas del Departamento Oriental, donde pronto estallaría la contienda independentista. A diferencia de los españoles, los cubanos recibieron a aquellos expatriados con simpatía y sin distinciones, estableciéndose lazos de amistad y camaradería entre ellos.

Al estallar la Guerra de los Diez Años, los primeros jefes militares de los cubanos son, como era de esperar, los jefes y oficiales de las Reservas Dominicanas que habían entrado en la conspiración. Ellos organizan las tropas, les enseñan la formación de guerrillas y la necesidad de eludir las tácticas de guerra regular, donde el Ejército español tenía superioridad; lo imprescindible que era captar el apoyo de la población civil a la causa que se defiende, proveedora de alimentos y medicinas y lo que es aún más importante, de información de inteligencia sobre los movimientos y planes del enemigo; la movilidad constante; el arte de las emboscadas y la manera en que deben hostilizarse las columnas y convoyes españoles; el aprovechamiento de los accidentes del terreno y las estaciones de lluvia y seca; la frugalidad espartana extrema y el aprovechamiento de lo que el monte puede proveer para alimentar a las tropas libertadoras, curar sus heridas y sanar sus enfermedades; el difícil arte del enmascaramiento; el terrible daños de las enfermedades tropicales sobre los soldados españoles y europeos, en general,[54] el

---

de conspiradores de esa localidad, bajo el mando de Eduardo Bertot Miniet. El 10 de octubre estalla la revolución de Yara y el 16 ya Gómez está en los campos insurrectos recibiendo del poeta José Joaquín Palma los grados de sargento.

[54] A manera de ejemplo, sirva el excelente informe del médico militar español, Gregorio Andrés Espala, subinspector médico del Cuerpo del ejército español en Santo Domingo, remitido a don José María Santucho, en La Habana, el 12 de abril de 1865 y publicada en

uso de la tea incendiaria para debilitar la base económica del enemigo; la defensa a ultranza del principio de autoridad de los jefes militares sobre las tropas; la flexibilidad y creatividad a la hora de llevar a cabo acciones ofensivas, sin regirse por los manuales militares al uso y por último, el uso del machete en los combates cuerpo a cuerpo, elemento de superioridad de los patriotas sobre los sables o bayonetas del enemigo y también, de arma psicológica que aterrorizaba a las tropas contrarias.

No se sabe, con certeza, si la famosa "Instrucciones de la guerra de guerrillas", escrita por el prócer restaurador e independentista Ramón Matías Mella, quien siendo ministro de la guerra del Gobierno Restaurador la hizo pública, mediante Circular del 26 de enero de 1864, llegó a manos de los insurrectos cubanos, lo cual, por diferentes indicios, es muy probable que haya ocurrido. Quien lea este texto en Cuba, o siendo conocedor de las tácticas mambisas, no podrá menos que suscribirse a los que creen que estas "Instrucciones…", en forma escrita u oral, debieron de ser muy bien conocidas en los campamentos mambises y que sus más entusiastas difusores, debieron ser los ex-oficiales de las Reservas dominicanas, al servicio de la Revolución cubana.

El símbolo que resume toda la estrecha y profunda relación de continuidad y colindancia entre la Guerra de la Restauración y las guerras de independencia de Cuba se concreta el 26 de octubre de 1868, en un recodo del camino que une a Baire con Jiguaní, en el Departamen-

---

la *Revista de sanidad militar española y extranjera,* No. 33, mayo de 1865, Madrid. El informe estaba dedicado al rámpanos, una sola de las muchas y mortales enfermedades tropicales que diezmaron en Santo Domingo al Ejército peninsular, similar, por sus efectos, a la llamada gangrena húmeda.

to Oriental. Allí la columna española comandada por un veterano español de la Guerra de Restauración, el coronel Demetrio Quirós y Weyler, es emboscada y desecha, hasta el aniquilamiento, por la primera carga al machete protagonizada por los mambises cubanos dirigidos por Máximo Gómez.

Para detener el avance de la columna española, salida de Santiago de Cuba al mando del coronel Quirós, el general cubano Donato Mármol había ordenado a Máximo Gómez no escatimar esfuerzos para lograrlo, evitando su arribo a Bayamo, ciudad en poder de los insurrectos. Gómez, con su astucia guerrillera habitual, emboscó al enemigo cerca de Contramaestre, poblado en poder de los españoles y no en las cercanías de Bayamo. Esta decisión provocó un completo y costoso desastre entre las tropas españolas, una especie de colofón de la Guerra de la Restauración, pero en suelo cubano.

Quirós marchaba con algo más de 200 hombres, que formaban parte de las compañías de Cuba y de La Corona. Gómez, astuto, lo esperó con apenas 40 hombres en las afueras de Contramaestre, no en los alrededores de Jiguaní, como era de esperar. En aquella carga, a pie, los españoles sufrieron más de 200 muertos. Testigos presenciales hablaron luego de heridas de más de 20 cm y de cañones de carabinas cortadas por el tajo de los machetes. Fue de tal contundencia aquella acción, que Gómez quedó consagrado como un héroe, pues fue el primero que se lanzó a la carga, y recibió, en consecuencia, sus grados de general. Nunca en la historia de Cuba, tuvo lugar una carrera militar tan meteórica y tan justificada. Nunca dejó huellas tan indelebles para el futuro de la lucha de los cubanos por la independencia.

En Pino de Baire, donde tuvo lugar esta acción militar decisiva, se dirimió, una vez más, con el machete cubano mambí, el viejo dilema de la Restauración contra la Anexión, en Santo Domingo. La historia es pródiga en giros inesperados de elevado simbolismo. De hecho, como se ha demostrado, la independencia de Cuba hubiese sido impensable, sin el aporte dominicano.

Para España, una gran parte de cuyos jefes y oficiales que pelearon en Cuba, habían peleado antes en la Guerra de la Restauración, la guerra en la isla, fue una prolongación del mismo conflicto, contra el mismo pueblo rebelde y que usaba idénticas tácticas. Así pensaron Quirós, La Gándara, Puello, Weyler, Balmaseda, Armiñán, Loño, La Chambre y otros jefes españoles. Así también lo entendieron los cubanos.

Bastaría una afirmación final: sin el auxilio dominicano no hubiese sido posible la independencia de Cuba. Simple y llanamente. Los pueblos conocen las consecuencias. Ayudemos a que también conozcan las causas.

Anexo

"Intruccciones de la guerra de guerrilla", de Matías Ramón Mella, prócer independentista y ministro de la guerra del gobierno restaurador, hecho público mediante Circular del 26 de enero de 1864.

1.– En la lucha actual y en las operaciones militares emprendidas, se necesita usar de la mayor prudencia, observando siempre con la mayor precaución y astucia para no dejarse sorprender, igualando así la superioridad del enemigo en número, disciplina y recursos.

2.– Nuestras operaciones deberán limitarse a no arriesgar jamás un encuentro general, ni exponer tampoco a la fortuna caprichosa de un combate la suerte de la República; tirar pronto, mucho y bien, hostilizar al enemigo día y noche, y cortarles el agua cada vez que se pueda, son puntos cardinales, que deben tenerse presentes como el Credo.

3.– Agobiarlo con guerrillas ambulantes, racionadas por dos, tres o más días, que tengan unidad de acción a su frente, por su flanco y a retaguardia, no dejándoles descansar ni de día ni de noche, para que no sean dueños más que del terreno que pisan, no dejándolos jamás sorprender ni envolver por mangas, y sorprendiéndolos siempre que se pueda, son reglas de las que jamás deberá Ud. apartarse.

4.– Nuestra tropa deberá, siempre que pueda, pelear abrigada por los montes y por el terreno y hacer uso del arma blanca, toda vez que vea la seguridad de abrirle al enemigo un boquete para meterse dentro y acabar con él; no deberemos por ningún concepto presentarle un frente por pequeño que sea, en razón de que, siendo las tropas españolas disciplinadas y generalmente superiores en número, cada vez que se trate de que la victoria dependa de evoluciones militares, nos llevarían la ventaja y seríamos derrotados.

5.– No debemos nunca dejarnos sorprender y sorprenderlos siempre que se pueda y aunque sea a un solo hombre.

6.– No dejarlo dormir ni de día ni de noche, para que las enfermedades hagan en ellos más estragos que nuestras armas; este servicio lo deben hacer sólo los pequeños grupos de los nuestros, y que el resto descanse y duerma.

7.– Si el enemigo repliega, averígüese bien, si es una retirada falsa, que es una estratagema muy común en la guerra; si no lo es, sígasele en la retirada y destaquen en guerrillas ambulantes que le hostilicen por todos lados; si avanzan hágaseles caer en emboscadas y acribíllese a todo trance con guerrillas, como se ha dicho arriba, en una palabra, hágasele a todo trance y en toda extensión de la palabra, la guerra de manigua y de un enemigo invisible.

8.– Cumplidas estas reglas con escrupulosidad, mientras más se separe el enemigo de su base de operaciones, peor será para él; y si intentase internarse en el país, más perdido estará.

El proceso restaurador visto desde Cuba. Su impacto político y en la Guerra de Independencia cubana (1868-1878) de Eliades Acosta Matos se terminó de imprimir en los talleres de Editora Vimont, S.R.L.
en noviembre de 2016, Santo Domingo, R. D.,
con una tirada de 300 ejemplares.